

La clave de *Forja*  
Carlos Cardona

«Hijos de Dios». Son las tres primeras palabras del primer punto de este libro del Beato Josemaría Escrivá. Y estas tres palabras expresan todo su fundamento y su raíz. No es extraño. Él mismo había afirmado que «fundamento sólido y raíz fecunda de todo en la Obra es el sentido humilde y sincero de nuestra filiación divina en Cristo Jesús». He contado más de un centenar de puntos –de los 1055 que componen el libro–, donde explícitamente se habla de filiación divina, de nuestra condición de hijos de Dios, de Dios como nuestro Padre... Pero el libro entero habla de esto. «¡Dios es mi Padre! –Si lo meditas, no saldrás de esa consoladora consideración» (n. 2). A propósito de otros pensamientos suyos, también escritos, le oí decir, hace unos treinta años, que los veía como «perlas naturales» –surgidas natural y sobrenaturalmente de su vida y de la de los hijos de su espíritu– que for-

maban como un collar, perlas «ensartadas por un hilo de oro: el sentido de nuestra filiación divina». Eso mismo puede afirmarse de *Forja*.

Hay otros dos conceptos que forman con aquél la clave de este libro, en íntima y recíproca conexión: *la identificación con Cristo*: «Todos hemos de ser “ipse Christus”» (n. 74); y la Cruz como forja o crisol, donde esa identificación se hace realidad y se alcanza con ella la plenitud de nuestra filiación divina: «Dale muchas gracias a Jesús, porque por Él, con Él y en Él, tú te puedes llamar hijo de Dios» (n. 265).

Quizá no me hubiera sido tan fácil descubrir ese trinomio, de haberme encontrado con este libro sin otros recursos. Pero los tenía. Y uno de ellos, de capital importancia: una meditación que el Fundador del Opus Dei nos dirigió a un reducido grupo de hijos suyos el 28 de abril de 1963, en Roma, y que me impresionó profundamente. De este recuerdo voy a hablar aquí, comunicando así a otros lo que a mí me parece la substancia misma de este libro que comento, que se empezó a componer mucho antes, y que siguió elaborándose después, como toda obra importante, que tiene su tiempo de germinación, de crecimiento y de plena floración.

En aquella plática, Mons. Escrivá, tomando ocasión del introito de la misa del día, comenzó hablándonos de alegría: «Alegría sobrenatural,

fundamentada en el Señor»; de modo que, procurando estar siempre en Dios, la alegría del cristiano nunca puede venir a menos, aunque en ocasiones pueden faltar sus manifestaciones externas: «La alegría es consecuencia necesaria de la filiación divina» (n. 332), de saberse hijos de Dios.

Citó a continuación unas palabras de la epístola, el versículo 21 del capítulo 2 de la primera carta de san Pedro, donde se nos exhorta a seguir los vestigios, la huella, o el ejemplo de Cristo, que padeció por nosotros. Y comentó: «Dentro de mis errores personales, lo he procurado vivir siempre: seguir su ejemplo, seguir a Jesucristo. Y en esta forja de dolor, donde el Señor me ha metido para sacar adelante la Obra –Señor, me has dado dolores en abundancia, ¡gracias!–; en esta forja de dolor que ha sido mi vida, el Señor me ha enseñado que quien pisa donde pisa Cristo, encuentra la alegría». Y aquí aparece el término compuesto *–forja de dolor–* que me vino súbitamente a la memoria en cuanto pude ver ya impreso este libro, donde leemos: «En esta forja de dolor que acompaña la vida de todas las personas que aman, el Señor nos enseña que quien pisa sin miedo –aunque cueste– donde pisa el Maestro, encuentra la alegría» (n. 816).

El sentido de nuestra filiación divina lleva de inmediato a la más serena y filial confianza

en la Providencia de Dios. Todo el Sermón de la Montaña contiene esta enseñanza; a propósito de la oración y de la limosna y del ayuno, exhortándonos a no dejarnos aherrojar por la solicitud excesiva por los bienes terrenos, y a demandar con la seguridad de recibir, porque bien sabe nuestro Padre Dios lo que nosotros necesitamos: «¿Penas?, ¿contradicciones por aquel suceso o el otro?... ¿No ves que lo quiere tu Padre Dios..., y Él es bueno..., y Él te ama –¡a ti solo!– más que todas las madres juntas del mundo pueden amar a sus hijos?» (n. 929). Sin embargo, la alegría, ese rasgo tan característico de la fisonomía espiritual propia de la Obra de Dios, había parecido a personas de ciertos ambientes eclesiásticos –habituados tal vez a una ascética hosca y desabrida, desde la que algunos han pasado a la más desafortunada licencia– algo contradictorio con el sentir cristiano, como ajeno a la experiencia de la Cruz y a la evangélica exhortación a cargar con ella cada día.

La explicación de ese escándalo –uno más entre otros, que aún hoy perduran en espíritus estrechos o rezagados o quién sabe qué– es sencilla: aquellas personas no sabían, y muchos siguen hoy sin saber, que «cuando se camina por donde camina Cristo, cuando ya no hay resignación, sino que el alma se conforma con la Cruz –se hace a la forma de la Cruz–; cuando se ama

la Voluntad de Dios; cuando se quiere la Cruz...: entonces, sólo entonces, la lleva Él» (n. 770), ya no es la mía, sino la de Él, que Él mismo me invita generosamente a compartir, y que Él lleva conmigo y por mí. De modo que «encontrar la Cruz es encontrar a Cristo» (n. 779); es en la Cruz donde, redimiéndonos, Cristo nos encontró finalmente; y por eso es ahí también donde nosotros, redimidos, podemos encontrarle ya cumplidamente a Él.

Se trata de un encuentro amoroso, idílico, se trata de unión con Cristo, «y con Él siempre hay alegría, aun ante la injusticia, ante la incompreensión, ante el dolor físico». Ya de mucho tiempo atrás muchos se habían acostumbrado a llamar cruces a cualquier experiencia desagradable, incluso cuando su origen estaba en la propia miseria personal. En cierto modo, era comprensible, pero no pasa de ser un equívoco: «El auténtico amor exige salir de sí mismo, entregarse. El auténtico amor trae consigo la alegría: una alegría que tiene sus raíces en forma de Cruz» (n. 28). Por muy difícil que resulte a los racionalistas entenderlo, cualquiera que sepa personalmente lo que es amar, sabe que «el camino del Amor se llama Sacrificio» (n. 768), sabe que el amante necesita negarse para amar mejor.

La Cruz que Cristo nos invita a llevar es la que resulta justamente de su seguimiento, y tam-

bién la que constituye el medio providencial para eso. De ahí que el Beato Escrivá, cuya vida de servicio heroico a Dios y a las almas abundó en dolores de toda suerte, afirmara insistentemente desde el principio hasta el fin –se le oí afirmar una vez más la noche del 24 de junio de 1975, cuarenta horas antes de dejar este mundo– que no se había sentido desgraciado nunca; y eso porque Dios le había hecho entender que «tener la Cruz es tener la alegría: ¡es tenerte a Ti, Señor!» (n. 766). Es el amor mismo el que conduce: «¡Clavarse en la Cruz! Esta aspiración, como luz nueva, venía a la inteligencia, al corazón y a los labios de aquella alma, muchas veces» (n. 401).

Al llegar aquí en aquella meditación de abril del 63, evocó un episodio de su vida. Fue en 1931: momentos de gran tribulación, incomprensibles de suyo. «Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: tú eres mi hijo, tú eres Cristo. Yo sólo sabía repetir: Abba, Pater!; Abba, Pater!, Abba!, Abba! Ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento; como se ve, al pasar los años, la mano del Señor, de la Sabiduría divina, del Todopoderoso. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón –lo veo con más claridad que nunca– es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo y, por eso, ser hijo de

Dios». Esta es la clave a la que antes me refería, es el momento en que Cruz, identificación con Cristo y filiación divina forma una sola y la misma cosa. Y tengo para mí que se trató –en 1931, y también en 1963– de una verdadera y propia actuación de uno de los siete dones del Espíritu Santo, del don de piedad: «puesto que sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba, Padre!» (Gal 4, 6).

Quizá convenga recordar ahora que la actuación de esos dones entra en el proceso ordinario de la santificación personal, a la que todos estamos llamados, y no constituye propiamente lo que solía llamarse una *gratia gratis data* y que luego se ha llamado carisma: algo independiente de la santidad de la persona que lo recibe, y que lo recibe siempre en función de otros. Aunque hemos de aclarar igualmente que toda gracia personal es también dada para que redunde en bien de otros y aun de todos. «La labor de nuestra santificación personal repercute en la santidad de tantas almas y en la de la Iglesia de Dios» (n. 462). Más aún: «Los hijos de Dios nos santificamos, santificando» (n. 856). En efecto, «si eres otro Cristo, si te comportas como hijo de Dios, donde estés quemarás: Cristo abrasa, no deja indiferente los corazones» (n. 25). La santidad personal irradia santidad en su entorno y en el Cuerpo entero de la Iglesia.

Era muy recurrente en Mons. Escrivá –desde siempre, como se ve por sus escritos– la afirmación paulina *vivo autem iam non ego, vivit vero in me Christus* (Gal 2, 20): vivo, pero ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí; «no viviré yo, sino que en mí vivirás y obrarás tú, Amor» (n. 875). Y recuerdo que a raíz de un viaje que hizo a Grecia, en el año 1966, parafraseaba –modificándola– la famosa antigua letrilla «vivo sin vivir en mí... que muelo porque no muero», de esta manera: «que vivo porque no vivo, que es Cristo quien vive en mí».

En la meditación de 1963 a que me vengo refiriendo, se hizo presente este otro concepto paulino: «llevando siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Porque nosotros, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2 Cor 4, 10-11); por eso, «tienes que llevar en ti –como enseña San Pablo– a Cristo crucificado» (n. 786), su crucifixión, su amor doliente.

Con frecuencia nos había hecho considerar esa identificación con Cristo que hace de cada cristiano –y debíamos procurar que eso llegara a su plenitud– *alter Christus, ipse Christus*: otro Cristo, Cristo mismo: «Todos hemos de ser *ipse*

*Christus* –el mismo Cristo» (n. 74). Ciertamente, eso es obra de la gracia de Dios, es un puro don: «El privilegio de contarnos entre los hijos de Dios, felicidad suma, es siempre inmerecido» (n. 905). Pero es igualmente cierto que para ese fin Dios requiere nuestra libertad, nuestro consentimiento: lo que implica la decisión de morir a uno mismo, sobre todo por la humildad (el perfecto olvido de sí) y la mortificación, porque «quien dice que mora en Jesús, debe seguir el camino que Él siguió», como enseña san Juan: «camino que conduce siempre a la gloria, pasando –siempre también– a través del sacrificio» (n. 1018). De ahí la pregunta: «¡Cuándo te propondrás de una vez identificarte con ese Cristo que es Vida!» (n. 818), muriendo uno a sí mismo, para que viva Él.

Y tenemos aquí lo que Mons. Álvaro del Portillo, en la «Presentación» del libro, llama resumidamente «el nervio de *Forja*»: «La vida de Jesucristo, si le somos fieles, se repite en la de cada uno de nosotros de algún modo, tanto en su proceso interno –en la santificación– como en la conducta externa» (n. 418). Cristo es engendrado en el alma por la gracia bautismal, pero luego tiene que crecer, vivir y actuar, nutriéndose a expensas del yo de cada uno.

Recordemos ahora otras palabras de san Pablo: «Los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. En efecto, no reci-

bisteis un espíritu de esclavitud para estar de nuevo bajo el temor, sino que recibisteis su espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ¡Abba, Padre! Pues el Espíritu mismo da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con Él, para ser con Él también glorificados» (Rom 8, 14-17).

La santidad es la perfección de la caridad. «Lo Santo» –la Santidad misma–, que *de Spiritu sancto natum est ex Maria Virgine*, es Cristo. La santificación, que es identificación con Cristo, es siempre obra del Espíritu Santo, del Santificador, y «el Espíritu Santo es fruto de la Cruz» (n. 759). Por eso puedo decir: «Veo tu Cruz, Jesús mío, y gozo de tu gracia, porque el premio de tu Calvario ha sido para nosotros el Espíritu Santo» (n. 27). La orientación es certera: «Éste es el camino seguro: por la humillación hasta la Cruz; desde la Cruz, con Cristo a la Gloria inmortal del Padre» (n. 1020). Un cristianismo aguado, transformado en moralismo ramplón, no puede entender que «para acompañar a Cristo en su gloria, en el triunfo final, es necesario que participemos antes en su holocausto, y que nos identifiquemos con Él, muerto en el Calvario» (n. 1022). Quienes confundían y confunden el Cristianismo con la póliza de seguro para la eternidad, se quitan de

encima este enojoso pensamiento diciendo despectivamente: ¡misticismos!

Aquel 28 de abril de 1963 aparecía luminoso, a nuestros ojos de fe, el misterio del amor a la Cruz como lugar en que llega a su plenitud la identificación con Cristo: «Encontrar la Cruz es encontrar a Cristo» (n. 779). Viene a ser un control de calidad, una garantía divina: «La Santa Cruz trae a nuestras vidas la confirmación inequívoca de que somos de Cristo» (n. 787), porque fue en la Cruz donde Cristo consumó nuestra redención y nos restituyó la condición de hijos de Dios que por el pecado perdimos y perdemos, y es ahí donde, por consiguiente, ese sentido de nuestra filiación divina estalla incontenible, «con gemidos inenarrables» (Rom 8, 26). Todo un capítulo de *Forja* –más de cien pensamientos, con el título *Crisol*– trata de ese proceso dolorosamente amoroso, de ese alumbramiento de Cristo en cada alma.

Aquello no era ya una meditación dirigida; era un verdadero clamor de oración personal lo que brotaba de sus labios y de su alma: «¡Esa fe, esa luz, ese amor a la Cruz, a la muerte! Esa luz divina, que nos hará siempre comprender con claridad que vale la pena clavarse en la Cruz, porque es entrar en la Vida, embriagarse en la Vida de Cristo. ¡La Cruz: allí está Cristo, y tú has de perderte en Él! No habrá más dolores, no

habrá más fatigas. No has de decir: Señor, que no puedo más, que soy un desgraciado... ¡No!, ¡no es verdad! En la Cruz serás Cristo, y te sentirás hijo de Dios, y excluirás: *Abba, Pater*, ¡qué alegría encontrarte, Señor!» En estas pocas palabras, transidas de conmoción personal, está esa clave a que me refería, la substancia del libro que vengo comentando –y en gran medida, a mi entender, del espíritu del Opus Dei–, de esa forja divina, de dolor y de amor, donde el Espíritu Santo nos transforma en Cristo y culmina nuestra participación en la filiación eterna del Unigénito del Padre.

La memorable meditación de aquel 28 de abril de 1963 concluyó con estas palabras: «El Señor ahora me hace entender esto: que le conocí en la Cruz, que en la Cruz –¡con Cristo, en Cristo!– me di cuenta de que era hijo de Dios».

Sirva todo esto que acabo de exponer sumariamente, como homenaje a la memoria del Beato Josemaría Escrivá, y también como testimonio de mi gratitud personal y como eco –que quisiera hacer llegar a todos los cristianos– de aquella exhortación a andar decididamente el camino de la Cruz, camino de amor –«nuestro camino de hijos de Dios es de Amor» (n. 83)– que tiene su término en la mística unión con Dios, donde el gozo sobreabunda, donde todo es ya definitivamente Amor. Porque «Dios es Amor» (1 Jn 4, 8).